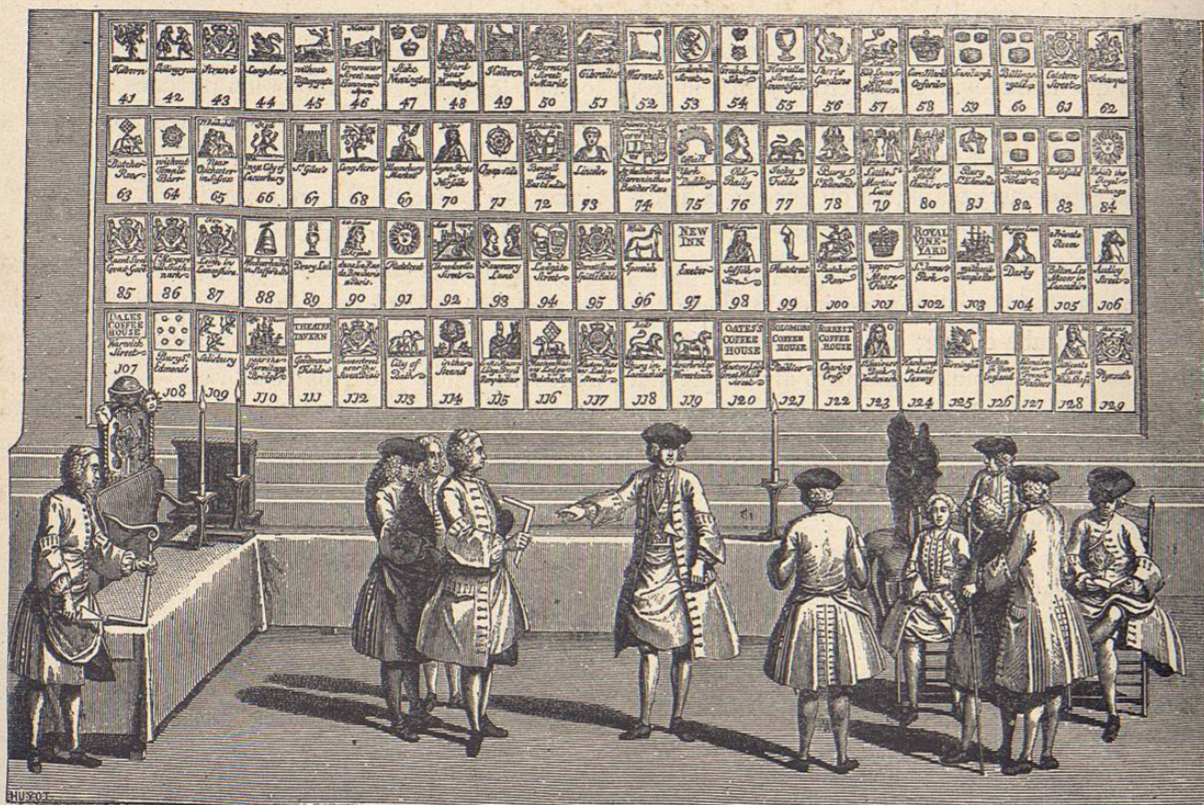


bre la masonería disolviendo su gran logia en 1767, teniendo que vivir hasta 1771 con el mayor sigilo y misterio. Pero al fallecer en dicho año el conde de Clermont, la masonería iba sin poder preverlo, á dar un paso que había de llevarla muy lejos. En efecto, los masones más reputados, los más puros, los mejor intencionados, y si se quiere los más inofensivos, fijaron su atención en el duque de

Chartres, esto es, en el futuro Felipe Igualdad. El duque de Chartres fué nombrado y éste designó para su adjunto al duque de Luxemburgo, mariscal de Francia. ¿Iba ahora el duque de Chartres dentro de la masonería á desmentir la actitud liberal que había tomado en el mundo profano?

Para introducir en la masonería francesa orden y disciplina entre todos sus miembros, era indispensa-



Recepción de un maestro masón

En el cuadro de las logias de la época el número 90 señala la de París y el 129 la de Valenciennes. El 124 la de Sajonia

ble que se diera satisfacción al espíritu liberal que reinaba en las logias provinciales y aún en algunas de París que, si deseaban unirse y someterse á un régimen común y dirección uniforme, no querían consentirlo sino bajo un pié de igualdad y de dirección en el gobierno hasta entonces desconocido en la masonería en general, y en la masonería francesa en particular. Así, para concertar todas las voluntades, reuniéronse al fin los Estados generales de la masonería para usar del lenguaje político de la época, en Marzo del memorable año 1773, que fué, como hemos dicho, el de la expulsión de los jesuitas. La Asamblea de los diputados de provincia junto con los de París, dice el documento oficial de su reunión «se propone como fin principal, establecer estatutos, y dar al sistema de la orden, una

forma que tienda á extirpar los abusos que se han creído descubrir en los principios de la antigua administración, dándose como primera tarea la de introducir una *igualdad perfecta*, llamando á las provincias á ejercer sus derechos en común con la administración.» «Nos hemos creído en el deber de llamar á todas las logias, á la fiel práctica de *la libertad masónica*, haciendo cesar la inamovilidad de *los venerables* introducida en algunas logias, muy especialmente en las de París... Ha sido necesario todo nuestro respeto á las leyes que nos rigen, para decidimos á atacar un privilegio, al que la mayor parte de los venerables de París, conceden gran importancia.» Pero los venerables de la masonería preludiviendo otra famosa renuncia de privilegios renunciaron los suyos. Este mismo documento nos

hace saber, que fueron ochenta los venerables de París que renunciaron su derecho á la inamovilidad.

Recuérdense los tiempos que venimos historiado, y se verá que sin necesidad de conjuros contra la monarquía ni contra el papismo, la masonería iba tomando por la sola influencia de sus principios, el papel de representante de las ideas liberales que en

política se traducían, por el llamamiento de los Estados generales de Francia para poner orden en la hacienda general, como los de la masonería la habían puesto en la de la orden, y para limitar las atribuciones de ese poder inamovible, del que no pudieron arrancar ni Turgot ni Malesherbes su odioso privilegio de las *lettres de cachet*.

Uno de los más autorizados historiadores de la



Ceremonia masónica

masonería francesa, Rebold, dice: «Si echamos una mirada retrospectiva sobre el conjunto de los trabajos de la masonería, durante los treinta años que precedieron á la revolución, vemos operarse un cambio notable en las ideas de la clase media y hasta en el bajo clero y en los oficiales del ejército, hasta cierto grado. A pesar de la algarabía de los distintos sistemas que trabajaban entonces dentro de la masonería, á pesar de la falsa senda porque se habían lanzado muchas logias, todas ellas estaban unánimes en la manifestación de sus principios; todas predicaban como doctrina la igualdad de todos, la libertad y la fraternidad; sus dogmas confundían en un sin igual desprecio todas las instituciones aristocráticas y absolutistas que entonces

dominaban en Europa. Al proclamar iguales á todos los hombres, daban en su seno ejemplo de esta libertad que reclamaban para todos, predicando la fraternidad universal; las logias enseñaban al propio tiempo que los dogmas de la masonería tienden á la democracia; condenando el fanatismo y la superstición en la que el clero mantenía á los pueblos, entendían sustraer á aquellos de la perniciosa influencia y emanciparlos. Ya la gran mayoría de la nación solicitaba mejoras y protestaba en secreto contra el estado de cosas, contra la posición intolerable en que se encontraban, creada por el gobierno y la nobleza, y pedía la suspensión de los privilegios que tan hondamente dividían á la sociedad. El mayor número de los masones pertenecían á la clase

media; los abogados, comerciantes, artistas y sabios formaban los principales elementos, y también se contaban entre ellos algunos personajes de la alta nobleza y algunos oficiales superiores. Más de ochocientas logias cubrían entonces el suelo de Francia; los miembros de ellas llevaban sus familias á los círculos, á las reuniones íntimas; los principios que entendían predicar sin descanso en el seno de los talleres, se esparcieron poco á poco en el pueblo donde semejante semilla no podía menos que fructificar. Que se recuerden además los esfuerzos intentados por los filósofos en el siglo XVIII para libertar al pueblo, para destruir sus errores y los perjuicios que extraviaban y dividen el género humano; recuérdese como un gran número de aquellos sabios habían formado parte en las logias que los Voltaires, los Franklins, los Lalandes, los Helvetios, los Lafayettees y tantos otros hombres distinguidos han prestado su concurso al triunfo de las verdades masónicas, y nadie se extrañará de que la propagación de estos principios es la que ha preparado la transformación profunda que ha regenerado á la Francia y á la Europa con ella.»

Hechos concretos como podrían desearlos nuestros lectores, no es posible comunicarlos tratándose de una institución en la que todo se hace de una manera anónima y en secreto. Sin embargo, el historiador de la logia *Perfecta Unión*, de Rennes, dice algo pertinente. «La oposición del Parlamento de Bretaña contra el poder militar que ocupaba el palacio de justicia y contra los mandamientos de prisión que ponían en fuga á los magistrados, turbó los pacíficos trabajos de nuestra logia que contaba buen número de amigos decididos en el Parlamento. Nuestros trabajos quedaron suspendidos...» «Por último, en Julio de 1789, cuando se recibió la noticia de la toma de la Bastilla, estallaron en la logia los sentimientos políticos. Se declaró francamente en favor de los nuevos principios que la Asamblea nacional estaba llamada á aplicar.» En fin, una carta del mismo gran maestro, de Felipe Igualdad, explicando su conducta masónica encierra este importante párrafo. «En los tiempos en que seguramente nadie preveía una revolución, me había yo adherido á la masonería, que ofrecía una especie de imagen de la igualdad, como me había adherido al Parlamento que ofrecía una especie de imagen de la libertad.»

Íbase, pues, á la masonería, no á conspirar para traer la república, pues sabido es que en 1789 no se conocían en Francia más que tres republicanos, sino á trabajar para la emancipación del hombre, para la

abolición de todos los abusos de la época teudal que aún continuaban en pié para reconstruir el Estado sino sobre bases enteramente nuevas, á lo menos sobre bases edificadas por el espíritu moderno en consonancia con sus deseos y aspiraciones, y no fué culpa de la masonería, si el antiguo régimen por negarse á ensanchar sus moldes tuvo que recurrir á moldes nuevos preparados con harta precipitación.

Hemos citado sobrados nombres de grandes personajes de la corte para no preguntarnos si la masonería no fué también víctima de su virus corruptor. Indudablemente, cuando se sabe que el conde de Artois perteneció á ella, hay motivo para suponer que la masonería, ó por lo menos algunas logias, se convirtieron en centros elegantes y de la gente de la buena sociedad. Es decir, que la masonería se hizo de moda, y, por consiguiente, experimentó todos los caprichos y desvíos de la moda. Más aún, esta corriente hubo de introducirse con el mismo duque de Chartes, y por los años en que corría en buena amistad con María Antonieta. Entonces hubo de desarrollarse la masonería de adopción, y las señoras tuvieron entrada en las logias, la princesa de Lamballe, la señora de Genlis, para no citar más que nombres de gran significación, pertenecieron á ella y alcanzaron grandes títulos masónicos. Esto precisamente nos lo ha revelado una carta de María Antonieta á su hermana la reina María Cristina, de 26 de Febrero de 1771. En ella se lee lo siguiente después de recomendarla que no se persiga tanto la masonería: «Aquí todo el mundo es masón... Estos últimos días la princesa de Lamballe ha sido nombrada Grande maestra en una logia; me ha contado todas las cosas bonitas que le han dicho.» Sin embargo, hay que distinguir entre las logias que recibieron á la princesa de Lamballe y la fundada por Cagliostro que recibió á lo más selecto de la corte, Madame la marquesa de Genlis, la duquesa de Borbón, etc. Entre las primeras, por corrompidas que fueran, y las segundas, mediaba una gran distancia. La vida entera de Cagliostro nos dice lo que podían ser las sesiones de su masonería perfecta.

Basta lo dicho para comprender que es lo que había de pasar en el seno de la masonería parisiense el día que las disputas y rivalidades de la corte vinieran á ser motivo de discusión en ella. El día que el duque de Chartes injustamente acusado de cobarde, juró vengarse de María Antonieta, la masonería hubo de servirle para revelar y difundir la verdad sobre la conducta desarreglada de la reina y sobre su espíritu reaccionario. La masonería, pues, por la fuerza de las circunstancias acabó por ser una

fuerza activa en la obra de la demolición del antiguo régimen.

Esta obra había ya principiado cuando Voltaire quiso antes de morir ser reconocido por hermano masón el día 2 de Abril de 1778. Voltaire se presentó acompañado de Franklin y de Court-de-Gibelin. En el pórtico del templo masónico de la logia *Los nueve hermanos*, fundada por Helvetio, salieron á recibirle los más distinguidos de sus miembros. El presidente de la misma lo era á la sazón el célebre astrónomo Lalande, quien le entregó el mismo mandil que había usado Helvetio y que Voltaire llevó respetuosamente á sus labios. El ruido que hubo de causar un acto de esta naturaleza, revestido de la mayor solemnidad, fácil es de adivinar, sobre todo viniendo después del paso que había dado Voltaire con el abate Gaultier por el que se quería comprometerle primero con los vivos y luégo con la posteridad.

La fiesta de este día, después de la gran fiesta del lunes 30 de Marzo, fecha de la sexta representación de la tragedia *Irena*, en la que se le hizo lo mismo en la calle que en el teatro una ovación espléndida, que no aumentó la presencia de la reina por orden expresa y escrita del rey, pero á la que asistió de incógnito el conde de Artois, renovó los achaques de Voltaire, pero aún éste tuvo tiempo de hacer su visita al duque de Chartres, quien le presentó á toda su familia incluso su hijo de cinco años, el duque de Valentinois que luégo fué duque de Orleans, y por último, Luis Felipe I de Francia, de quien observó Voltaire su parecido con el famoso regente duque de Orleans. Pero ya desde el 20 de Mayo tuvo que guardar cama, y diez días después, á las once y cuarto de la noche exhalaba su último suspiro.

Voltaire en el mismo día de su muerte recibió una nueva carta del abate Gaultier, fecha del mismo día 30 de Mayo; decíale en ella el ex-jesuita, que se sentía afligido grandemente por su enfermedad «pero que aún le afligía más ver que no se le llamaba. Aun cuando no me haya sido posible, á pesar de mis esfuerzos, volveros á ver después de vuestra última enfermedad, esto no será obstáculo para que yo vuelva á vuestro lado si me mandáis llamar.» Y aquí es de notar lo que sigue á continuación de esta carta, para hacer luz acerca de la supuesta retractación de Voltaire. «¡Ah!—dice el abate Gaultier,—si el Señor os llama á sí, ¡qué felicidad la vuestra si os ponéis en estado de comparecer delante de ese gran Dios, que juzga la misma justicia! Por lo contrario, ¡qué desgracia la vuestra si morís

antes de haber pensado en el grave asunto de vuestra salvación! ¡Ah, mi querido señor! pensad en ello seriamente, no penséis más que en esto; aprovechad el poco tiempo que os queda de vida, ésta va á acabar y á principiar la eternidad.» El abate Gaultier fué llamado por el abate Mignot, sobrino de Voltaire á las seis de la tarde, pero el capellán de los Incurables, cuando llegó no pudo ya confesar á Voltaire porque había perdido los sentidos. Así murió Voltaire, á los ochenta y cuatro años, después de haber llenado el mundo con su nombre durante sesenta años, y la Iglesia con la que se decía que se había reconciliado, demostró claramente que no le reconocía por uno de los suyos, negándose terminantemente á tributarle las honras fúnebres que el pueblo de París pedía para su grande hombre. La Iglesia fué reemplazada en esta augusta ceremonia de despedir para siempre á uno de nuestros colaboradores en la obra de este mundo tierra, por la masonería. Lalande presidió la ceremonia acompañado de Franklin, y del conde de Strogonof y de Lechangeux. Acerca de la ceremonia, hallamos los siguientes datos en una relación de un testigo ocular. «Más de doscientos visitantes fueron admitidos á los trabajos, entrando de dos en dos y en el mayor silencio. La orquesta era numerosa, y compuesta de los artistas más hábiles y renombrados de París, la cual tocaba por intervalos, trozos tomados de *Alceste*, *Castor y Polux* y otras óperas. Para evitar la afluencia de personas ajenas á la orden, quedó decidido que la señora Denis y la marquesa de Villette, que pertenecían á la masonería de adopción, se presentarían como por casualidad, para asistir á la ceremonia, y así llegaron en efecto, acompañada la primera por el marqués de Villette, y la segunda por el marqués de Villeville.

»Llegaban á la cámara funeraria por una larga y estrecha galería; la sala estaba completamente cubierta de negro, decorada con gusto y sencillez, y adornada con medallones, en los que se leían los más hermosos pensamientos, en prosa y en verso, tomados de las obras del ilustre difunto; no había más claridad que la que esparcían algunas lámparas, cuyos débiles reflejos se armonizaban perfectamente con la escena, y por último el féretro se hallaba colocado en el fondo del salón.

»El discurso del venerable no fué más que una especie de introducción, y el orador de la logia leyó un discurso análogo al objeto de la ceremonia; el orador de la logia Talía, improvisó una brillante alocución, que fué escuchada con el más vivo interés, y por último, Dixmerie, pronunció el elogio de